cuanto a su integridad, no es menos eterno que el Sol o la Luna, sino que es generable y corruptible en cuanto a sus partes eternas; pero es bien cierto que en éstas la generación y corrupción son perpetuas, y como tales buscan las operaciones celestes eternas; es, pues, necesario que los cuerpos celestes sean eternos.

SAGREDO. Todo va muy bien; pero si no perjudica en absoluto a la eternidad de todo el globo terrestre la corruptibilidad de las partes superficiales, y hasta el hecho de ser generable, corruptible, alterable, etc., le comunica gran excelencia y perfección, ¿porqué no podéis y debéis admitir alteraciones, generaciones, etc., del mismo módo en las partes eternas de los globos celestes, dándoles excelencia sin disminuirles perfección o quitarles acción, y aun aumentándoselas al hacer que todas operen no sólo sobre la Tierra, sino mutuamente entre sí y la Tierra también sobre ellas?

SIMPLICIO. Esto no puede ser, por que las generaciones, mutaciones, etcétera, que se hiciesen, por ejemplo en la Luna, serían inútiles y vanas, et natura nihil frustra facit.

SAGREDO. ¿Y por qué serían inútiles y vanas?

SIMPLICIO. Porque estamos claramente viendo y tocando con la mano que todas las generaciones, mutaciones, etc., que se hacen en la Tierra, todas, o mediatamente o inmediatamente están enderezadas al uso, a la comodidad y al beneficio del hombre; para comodidad del hombre nacen los caballos, para alimento de los caballos produce la tierra el heno y las nubes lo riegan; para comodidad y alimento del hombre nacen las hierbas, las cebadas, las frutas, los animales, los pájaros, los peces; y, en suma, si fuésemos examinando detenidamente y resolviendo todas estas cosas, encontraríamos que el fin a que están todas enderezadas es la necesidad, la utilidad, la comodidad y la distracción de los hombres. Ahora bien, ¿qué utilidad podrían tener para el género humano las generaciones que se hiciesen en la Luna o en otro planeta? Si es que no queréis significar que en la Luna también existen hombres que gozarían de sus frutos; pensamiento fabuloso o impío.

SAGREDO. Yo no creo ni sé que en la Luna o en otro planeta se engendren hierbas, o plantas o animales semejantes a los nuestros, o haya lluvias, vientos y truenos como alrededor de la Tierra, y mucho menos que esté habitada por hombres; pero

no entiendo cómo, aun cuando no se engendren cosas semejantes a las nuestras, deba necesariamente deducirse que no se produzca en aquéllos ninguna alteración, ni puedan existir otras cosas que se transformen, se engendren o se disuelvan, no solamente distintas de las nuestras, sino muy alejadas de nuestra imaginación y, en suma, imposibles en absoluto de que nos las representemos. Y de la misma manera que yo estoy seguro de que un hombre nacido y criado en una selva inmensa, entre fieras y pájaros, y que no tuviese conocimiento alguno del elemento del agua, jamás podría caberle en la imaginación que existiese en la Naturaleza otro mundo distinto a la Tierra, lleno de animales que caminan velozmente sin piernas y sin alas, y no solamente sobre la superficie, como las fieras sobre la Tierra, sino dentro de toda la profundidad y que no tan sólo andan, sino que se detienen inmóviles donde les place, cosa que no pueden hacer los pájaros en el aire, y que además allí habitan también hombres y construyen palacios y ciudades, y que tienen tanta facilidad para viajar, que sin trabajo alguno van con toda la familia, y con la casa y con la ciudad entera a países lejanos. Estoy seguro, sí, como digo, de que aquel hombre, aun muy perspicaz de imaginación, no podría jamás imaginarse los peces, el océano, los barcos, las flotas y las armadas. Así, y mucho más, puede acontecer que en la Luna, separada por tanto espacio de nosotros y de materia quizá muy diversa de la tierra, existen substancias y se verifiquen operaciones no solamente lejanas, sino por completo fuera del alcance de nuestra imaginación, que no tengan semejanza ninguna con las nuestras y que, por tanto, no nos las podamos representar; ya que lo que nosotros nos imaginamos tendrá que ser o una cosa que ya se haya visto o un compuesto de cosas o de partes de cosas vistas alguna vez: como son las esfinges, las sirenas, las quimeras, los centauros, etc.

SALVIATI. Yo he estado muchas veces fantaseando sobre esas cosas y me parece que puedo imaginarme qué cosas no están o pueden estar, a no ser hablando en sentido general, es decir, cosas que là adornan, actuándo, moviéndose y viviendo, de modo tal vez muy diverso del nuestro, cosas que están viviendo y admirando la grandeza y belleza del mundo y de su Creador y Rector y cantando con alabanzas continuas su gloria y haciendo, en suma (como creo), lo que afirman con tanta frecuencia los Escritores Sagrados, a saber: la perpetua ocupación de todas las criaturas en alabar a Dios.

SAGREDO. Estas son cosas que, hablando en general, pueden existir en aquellos mundos; pero yo oiría de buena gana

hablar de las que vos pensáis que no están ni pueden estar, las cuales es forzoso que se mencionen detenidamente.

SALVIATI. Daos cuenta, señor Sagredo, de que ésta será la tercera vez que nosotros así, de una cosa a otra, sin darnos cuenta, nos habremos desviado de nuestro principal camino y que tarde llegaremos al final de nuestro razonamiento si hacemos disgresiones; pero si queremos diferir esta discusión con las otras que hemos decidido dejar para una sesión particular, será tal vez cosa muy oportuna.

* * *

SAGREDO. Me ha parecido siempre extraordinaria la temeridad de aquellos que quieren hacer de la capacidad humana la medida de cuanto puede y sabe obrar la Naturaleza, cuando, por el contrario, no hay efecto alguno en la Naturaleza, por pequeño que sea, a cuyo entero conocimiento puedan llegar los espíritus más especulativos.

Esta pretensión tan vana de entender el todo no puede tener su principio sino en no haber entendido jamás nada, porque, cuando alguien ha hecho la experiencia, una sola vez, de haber llegado a entender una sola cosa, y ha gustado verdaderamente en qué consiste el saber, conoce que de la infinidad de las demás conclusiones no entiende ninguna.

SALVIATI. Vuestro discurso es enteramente concluyente, y tenemos en su confirmación la experiencia de los que entienden o han entendido algo, los cuales cuanto más sabios son y más conocen, más claramente confiesan que saben poco; y el más sabio de Grecia, que fué tenido por los oráculos como tal, decía abiertamente que sabía que no sabía nada.

SIMPLICIO. Habrá, pues, que decir que el oráculo o el mismo Sócrates no decían la verdad, si aquél lo tenía por muy sabio y éste afirmaba que se consideraba muy ignorante.

SALVIATI. No hay que deducir de ello lo uno ni lo otro, porque las dos afirmaciones pueden ser verdaderas. El oráculo juzga muy sabio a Sócrates en comparación con los demás hombres, cuya sabiduría es limitada; Sócrates reconoce que no sa-

be nada en relación con la sabiduría absoluta, que es infinita, y porque son partes de lo infinito tanto lo mucho como lo poco, como la nada (porque para llegar, por ejemplo, al número infinito, tanto da acumular millares, como decenas, como ceros), bien conocía Sócrates que su limitada sabiduría era nula comparándola con la infinita que le faltaba. Mas porque entre los hombre existe cierto saber que no está distribuído por igual entre todos, pudo Sócrates tener mayor parte de él que los otros y resultar, por tanto, verdadera la respuesta del oráculo.

SAGREDO. Me parece entender perfectamente este punto. Existe entre los hombres, señor Simplicio, la potestad de actuar, pero no participan de ella todos por igual; no hay duda de que el poder de un emperador es mucho mayor que el de una persona particular, pero éste y aquél no son nada en comparación con la omnipotencia divina. Entre los hombres hay algunos que entienden mejor la agricultura que muchos otros; pero el saber cómo se planta un sarmiento de vid en una fosa ¿qué tiene que ver con el hacerlo enroscarse, absorber el alimento, escoger de éste una parte para transformarla en hojas, otra para formar los zarcillos, otra para los racimos, otra para la uva y otra para las pepitas, que son luego obra de la sapientísima Naturaleza? Este es un solo trabajo particular de entre los innumerables que lleva a cabo la Naturaleza, y por éste sólo puede conocerse su sabiduría infinita, de modo que podrá deducirse que el saber divino es infinitas veces infinito.

SALVIATI. He aquí otro ejemplo: ¿No diríamos que el saber crear de un trozo de mármol una bellísima estatua ha sublimado el genio de Miguel Angel muy por encima del genio común de los demás hombres?; y esta obra no consiste más que en imitar una sola actitud y disposición de los miembros exteriores y superficiales de un hombre inmóvil; y, sin embargo, ¿Qué es esto en comparación con un hombre hecho por la Naturaleza, compuesto de tantos miembros externos e internos y de tantos músculos, tendones, nervios, huesos, que sirven para tantos y tan diversos movimientos? ¿Y qué diremos de los sentidos, de las potencias del alma, y, finalmente, de la inteligencia?; ¿no podríamos decir, y con razón, que la obra de una estatua dista infinitamente de la formación de un hombre vivo y aun de la formación de un vil gusano?

SAGREDO. ¿Y qué diferencia creeremos que existe entre la paloma de Arquitas y una natural?

SIMPLICIO. O yo soy uno de esos hombres que no en

tienen nada, o esta afirmación vuestra es una contradicción manifiesta. Vos, entre los mayores elogios, y aun como el mayor de todos, atribuíais al hombre, hecho por la Naturaleza, la facultad de entender; y hace poco decíais con Sócrates que su facultad de entender era nula; habrá, pues, que decir que ni siquiera la Naturaleza ha sabido hacer un intelecto que entienda.

SALVIATI. Habéis hecho una observación muy aguda; y para responder a la objeción conviene recurrir a una distinción filosófica, diciendo que la facultad de entender puede considerarse de dos maneras, es decir, "intensive" o "extensive"; y que "extensive", esto es, en relación con la multitud de las cosas inteligibles que son infinitas, el intelecto humano es como nulo, aun cuando entiende bien mil proposiciones, porque mil respecto del infinito es como cero; pero considerando el entender "intensive", en cuanto este término representa intensivamente, es decir, perfectamente, alguna proposición, digo que el intelecto humano entiende algunas tan perfectamente y tiene acerca de ellas certeza tan absoluta como la tiene la misma Naturaleza; tales son las ciencias matemáticas, esto es, la Geometría y la Aritmética, de las cuales el intelecto divino conoce infinitas proposiciones mías, porque las sabe todas, pero creo que el conocimiento de aquellas pocas entendidas por el intelecto humano alcanza al divino en la certeza objetiva, porque llega a comprender su necesidad, por encima de la cual no parece que pueda existir seguridad mayor.

SIMPLICIO. Esto me parece un modo de hablar muy resuelto y atrevido.

SALVIATI. Son proposiciones corrientes y muy lejos de toda sombra de temeridad o de atrevimiento, y que en nada disminuyen la majestad de la divina sabiduría, de la misma manera que en nada disminuye su omnipotencia el decir que Dios no puede hacer que lo hecho deje de haberse hecho. Pero temo, señor Simplicio, que vos me estáis haciendo objeciones porque habéis entendido mis palabras equivocadamente. Por tanto, para explicarme mejor, diré que en cuento a la verdad que conocemos por las demostraciones matemáticas, es la misma que conoce la sabiduría divina; pero os admito que el modo con el cual Dios conoce las infinitas proposiciones, de las cuales poseemos nosotros unas pocas, es mucho más excelente que el nuestro, que procede por razonamiento, pasando de una conclusión a otra, mientras el Suyo es una simple intuición; y cuando nosotros, por ejemplo, para llegar a conocer algunas de las evoluciones que pueden verificarse en el círculo, que son infinitas, comen

zamos por una de las más sencillas y, tomando a ésta por su definición pasamos por deducción a otra y de ésta a la tercera y luego a la cuarta, etc., el Intelecto divino, con la simple aprehensión de su esencia, comprende, sin razonamiento temporáneo, toda la infinidad de aquellas evoluciones, las cuales, en efecto, virtualmente están incluídas en la definición de todas las cosas, que, además, en resumen, por ser infinitas, tal vez son una sola en su esencia y en la Mente divina. Y esto no es tan poco completamente desconocido para el intelecto humano, sino que está envuelto en densa y profunda niebla, la cual disminuye y se aclara cuando nos hacemos dueños de algunas conclusiones firmemente demostradas y tan expeditamente adquiridas por nosotros que podemos pasar de una a otra velozmente; porque, en resumen, ¿qué es el cuadrado construído en un triángulo sobre el lado opuesto al ángulo recto, igual a los construídos sobre los otros dos lados contiguos al ángulo recto, sino que son iguales los paralelogramos de base común y entre paralelas?; ¿no es esto, en suma, lo mismo que decir que comparadas las dos superficies, una no excede a la otra, sino que ambas se extienden dentro de los mismos límites? Ahora bien, estas deducciones que nuestra inteligencia hace empleando cierto tiempo y procediendo paso a paso, el Intelecto divino, como la luz, las recorre en un instante, que es igual que decir que las tiene siempre a todas presentes. Conclúyese, por tanto, que nuestro entender, en cuanto al modo y en cuanto a la cantidad de las cosas entendidas, se queda atrás por espacio infinito respecto al divino; y, sin embargo, no lo envilezco tanto que lo considere absolutamente nulo, y hasta cuando voy considerando cuántas y cuán maravillosas cosas han entendido, investigado y operado los hombres, reconozco y comprendo con toda claridad que la mente humana es obra de Dios, y de las más excelentes.

SAGREDO. Yo he estado muchas veces considerando conmigo mismo, a propósito de lo que acabáis de decir, cuán grande es la agudeza del ingenio humano; y cuando discurro acerca de tantas y tan maravillosas invenciones encontradas por los hombres, así en las artes como en las letras, y después reflexiono sobre mis conocimientos, tan alejados de poder proponerse no solamente el conseguir alguna nueva, sino ni siquiera de conocer las ya halladas, confuso por el estupor y afligido por la desesperación, me considero poco menos que desgraciado. Si miro alguna estatua de las más bellas, me digo a mí mismo: ¿cómo podrías tú quitar lo sobrante de un trozo de mármol y dejar al descubierto esa figura tan hermosa que estaba escondida en él? ¿Cómo mezclar y extender sobre una tela o pared diversos colores y representar con ellos todos los objetos visibles como un Miguel Angel, un Rafael a un Ticiano? Si considero lo que han descubierto los